

# EL PENSAMIENTO DEPORTIVO EN EL QUIJOTE

*José Manuel Zapico García*

---

Escribir sobre la obra de Cervantes por una persona de mi oficio debe considerarse cuando menos como un ejercicio de osadía. Por ello, si algún error se observara, si alguna falta se descubriera, pido disculpas anticipadas, pues es bien sabido que no suena igual badajo de campana que de cencerro.

Cualquiera en su sano juicio, en este armonioso concierto que es el mundo del universal manchego, pensaría que hablar de los deportes sería una disonancia pero se ajustaría muy bien a los adjetivos de quijotesco y loco.

He de comentar que nada, que yo sepa, se ha escrito sobre este tema.

Para iniciar el estudio, del que esta ponencia es un extracto, creí necesario adentrarme en la biografía de Cervantes. Fue entonces cuando me llené de sus aventuras y desencuentros con la vida; hallé en él un arquetipo fiable del español de su tiempo y le pedí la venia para dar paso al estudio de sus libros, rascarme la cabeza y poner en palabras las razones que lo motivaron.

Hace ya años, y llevado por mi curiosidad hacia las cosas de la historia, estudié lo que el pasado ofrecía en referencia a los juegos, los deportes y la actividad física. Aquella inquietud me dio la posibilidad de acercarme a muchas actividades y personajes que desconocía y entonces descubrí lo mucho que ignoraba de nuestra particular crónica.

Verificando los hechos propios de los siglos XVI y el XVII hube de zambullirme en el momento político, las consideraciones sociales de la época y al mismo tiempo interpretar las formas de los juegos y deportes con que se adornaban. Para disponer de una idea clara de aquel esplendoroso momento recurrí obligadamente a la literatura de la época, sin duda con más ahínco que acierto, y aquel mundo me ofreció un paisaje dotado de un material sorprendente: los magníficos juegos promocionados por Abem Humeya en Purchena los encontré en los escritos de Ginés Pérez de Hita; las formas lúdicas en los textos de Rodrigo Caro; las artes de la caza surgían de las plumas prodigiosas de Gonzalo Argote de Molina y Luis Barahona de Soto y todo era como setas en otoño.

Pero estos apuntes solamente eran las primeras capas de un gran yacimiento literario ya que casi todos los autores del XVI y XVII nos han dejado escenas sobre los juegos y los deportes de su tiempo, unas veces como argumento de sus obras y otras como excusa literaria: Calderón de la Barca nos describe el juego de la pelota y con él lo hacen también Escobar, Vives, Zabaleta y Covarrubias; Quevedo dicta normas de la esgrima; Luis de Góngora y Fray Luis de León hacen honores al pensamiento olímpico; Alonso de Ercilla nos explica la semblanza del atleta y, así, podríamos seguir citando una auténtica nube de autores (Luis Pacheco de Narváez, Jerónimo de Carranza, L. Leonardo de Argensola, Yagüe, etc.) que compondrían una lista, que, aquí y ahora, se haría tan interminable como innecesaria.

En medio de este fastuoso Parnaso surge la obra de Miguel de Cervantes, sin el “don” que nunca tuvo. (Cosas de las españas).

## **El argumento deportivo cervantino**

Miguel Cervantes de las Cortinas, castellano de nacimiento, es andaluz por muchas cosas. Dice de él José Manuel Caballero Bonald que nadie puede poner en duda que es el escritor que *con más lúcido conocimiento de causa amó, padeció y desentrañó el cuerpo y el alma de Sevilla* y por extensión de Andalucía.

De su biografía se desprende que, joven y de sangre caliente, no debiera ser un mal esgrimidor: su precipitada marcha a Italia fue producto de un conocido lance de espada en el que Antonio de Sigura, su oponente, no salió muy bien librado. Eran tiempos en los que se sabía muy bien lo que significaba el ataque y la defensa y el estar dispuesto a jugársela aún a costa de sentir, como él dice, la mordedura del acero o *la pólvora y el estaño*.

La gran batalla contra el turco le supone uno de los muchos descarnados golpes que la vida le regaló. De ella sale malparado de modo que las heridas tan heroicamente ganadas le generan una deficiencia que acepta con orgullo. Lo dice alto y claro :

*Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan.*

Desde entonces, y aunque quisiera, ya no puede participar activamente en un partido de vilorta, ni disfrutar del juego de la pelota, ni ser un experto lanzador de barra. Tampoco es que la madre Naturaleza le hubiera dotado para ser siquiera un mediocre atleta. Dice de sí mismo que su cuerpo es *entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies*. Queda claro que su participación activa en alguna competición con traza de héroe está lejana y que, llevado por el gusto, se convierte en un buen aficionado al deporte y al envite, observando la cuestión a pie de calle o desde aquellos andamios que normalmente se atiborran de apostantes. Sin embargo sí estaba adornado por las virtudes morales propias del héroe deportivo que bien podrían tener modelo en la vieja Grecia: valentía, audacia, generosidad, orgullo patrio, .. virtudes que fue demostrando a lo largo de su vida hasta que los frecuentes golpes recibidos, cual granizada de abril, le fueron haciendo algo más discreto y prudente.

*Templanza muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala*, termina por decir por boca de Maese Pedro, que es el mismo dicho castizo que yo me encontré no ha tanto en sus queridos Percheles malagueños: *no saques el pecho que te lo parten*.

## **Dos consideraciones**

Cervantes es el observador perspicaz que escribe sobre lo que ve y su universo literario lo llena de competiciones deportivas. En las mismas se ponen en aprecio las cualidades físicas que se ciñen constantemente a dos consideraciones: la habitualidad de los acontecimientos deportivos y el respeto y admiración hacia sus intérpretes.

Las actividades físicas, tal y como las señala, son tan habituales como variadas: Don Quijote es cazador desde la primera página; también es nadador y espeleólogo. A lo largo de sus aventuras, lo usual es que, se encuentre con gentes con las que contiene en un sonoro desafío, un memorable “paso de armas”; que dance o haga *tumbas y zapatetas*, es decir, ejercicios gimnásticos.

Lo acostumbrado en los torneos, que aún se mantenían, era la “folla”, y Sancho se desmarca de la misma por rehuir una contienda con otro escudero al que toma miedo en ocasión del torneo que D. Quijote mantiene con el Caballero de los Espejos. (En los torneos, la folla era la pelea de las aficiones, que no deja de ser una cuestión igual a los actuales disturbios que originan los aficionados a determinados deportes. Covarrubias lo define de la siguiente forma: *Es propio de los torneos que después de haber torneado cada uno por sí con el mantenedor, se dividen en dos cuadrillas; y unos contra otros se hieren tirando tajos y reveses sin orden ni concierto que verdaderamente parecen los unos y los otros estar fuera de sí.*)

Al parecer es usual que Dulcinea y otros personajes de sus obras lancen la barra para medir sus fuerza y que el programa festivo de las bodas de Camacho esté subrayado por los bailes y las competiciones deportivas. En todas estas actividades, para que no haya duda, se reproducen los mismos esquemas de moderno sport: gentes expectantes, normas y reglas que se deben respetar, enfrentamiento físico jugado; ansias de vencer, pero sin eludir la posibilidad de salir derrotado; apuesta de por medio, público enardecido por lo incierto del desenlace, etc.

Entonces, lo mismo que ahora, los deportes eran tan frecuentes que formaban parte de la vida social, tanto del pueblo llano como de las nutridas capas cortesanías. Pienso que hacer un tratamiento adecuado de estos temas en las obras literarias era garantizarse un poco el éxito de las mismas.

El deporte no existe en cuanto que no existan deportistas y a estos Cervantes, los trata con admiración y con respeto, dejándole lejos de la ironía o del chiste tan frecuente en su obra y que, como es bien sabido, se sustentan en la desproporción y el absurdo.

Cervantes reivindica la figura del deportista completo en varias ocasiones. Esta figura ejerce sobre él una fascinación de forma que nos lo presenta como un héroe humanista acercándose muy mucho al concepto del viejo areté griego: el campeón es un héroe que tiene que ir acompañado, además de la belleza física y de la victoria, de otros atributos que le confieren su categorización como hombre: ha de ser prudente, noble, caritativo, generoso, valiente, de forma que encarne las virtudes que Homero había fijado en Palamedes. Ese es el caso de Periandro (*Quijote*), Andrés Caballero y Clemente (*La Gitanilla*), Artidoro (*La Galatea*) o Persiles (*Persiles*)

El atleta, el deportista del XVI, era una persona tenida en poca consideración. Hemos de tener en cuenta que corrían tiempos en que aquellos deportistas profesionales, esto no ha cambiado mucho, viajaban de ciudad en ciudad compitiendo. Constituían una especie de troupes agitanadas donde se mezclaban alentados y adivinos, acróbatas y bailarinas, jugadores de cartas y trileros que afanaban la vida obteniendo el barato o ganando el precio. Los que cruzaban en carretas los campos no eran héroes a la usanza elena y no encontraban, como ellos, autores que cantaran sus hazañas... hasta que, en un recodo del camino se encontraron con Cervantes.

D. Miguel los ensalza y, además quiere hacerlos pindáricos, pero ante este asunto no nos debemos extrañar; nuestro autor eleva a los altares de la literatura a barberos y a curas de pueblo; a galeotes convictos y a pastores de los ribazos; a ladronzuelos de tres al cuarto y a Monipodio. ¿Cómo no citar a los héroes deportivos que ya los habían aclamado Homero, Pausanias, Herodoto y Virgilio?

Las repetidas llamadas que hace de los atletas (los prácticos) las hace con nombre y apellidos de forma que hemos contado en sus obras hasta cuarenta y siete deportistas. Estos eran unas veces personajes ficticios propios de la imaginación del genio y otras personajes reales. Entre los primeros, a modo de ejemplo, podemos citar a Artidoro, Andrés Caballero, Periandro, y Alonso de Hurtado (Clemente), mientras que entre las personas reales aparecen figuras de la historia como Diego García de Paredes, al que nombra de forma reiterada, García Pérez de Vargas, Suero de Quiñones, Fernando de Guevara, Manuel de León, etc.

## CITAS DEPORTIVAS DEL QUIJOTE

Aunque he realizado numerosas consultas sobre varios textos y ediciones de las obras cervantinas, las citas a las que me remito están tomadas de los textos siguientes:

*MIGUEL DE CERVANTES OBRAS COMPLETAS*, edición de Florencio Sevilla. Madrid 1999.  
*VOCABULARIO DE CERVANTES* de Carlos Fernández Gómez, editado por la Real Academia Española en Madrid en el año 1962.

*DON QUIJOTE DE LA MANCHA*, edición de Francisco Rico, tercera edición revisada de 1999, editada y dada a la lámina por el Instituto Cervantes.

Algunas de las actividades físicas citadas en el Quijote podrían interpretarse como ajenas a los actuales juegos o deportes, pero, en realidad, son las mismas, aunque sus formas no sean exactamente iguales. En el vocabulario cervantino no caben términos tales como orientación o espeleología, pero, ¿qué diferencia existe entre el modernísimo deporte de la brújula y el balizaje que hace Sancho en la aventura de Sierra Morena?; ¿en qué diverge la aventura de la Cueva de Montesinos del actual deporte de la exploración de simas.?

El número de citas que he observado en *El Quijote* suman setenta y una, que añadidas a las que he analizado en todas sus obras han alcanzado un total de ciento ochenta y dos.

De las propias de Don Quijote, para un brevísimo comentario, he escogido tres de ellas que pudieran ser ilustrativas del pensamiento deportivo en Cervantes.

### 1.- LANZAMIENTO DE BARRA I, XXV. 221

- *¡Ta, ta! – dijo Sancho -.¿ Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?*
- *Ésa es –dijo don Quijote-, y es la que merece ser señora de todo el universo.*
- *Bien la conozco - dijo Sancho – y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo.*

Expresa aquí Cervantes dos formas diferentes de enfrentarse al personaje de Dulcinea tomando por excusa el citado lanzamiento:

La primera es el aspecto recio de Dulcinea (*¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y que voz!*, exclama Sancho) ya que competía con los más forzudos zagales del lugar y es notorio que quienes participaban en esta competición, lo mismo que ahora en los lanzamientos atléticos, eran hombres robustos (*Son hombres de fuerzas*, como dice Cobarrubias).

La segunda interpretación, que viene de la primera parece indicar que dulcinea sería la antítesis de la feminidad manifestada por las figuras de Ginebra, Belisa o Amarilis en los viejos libros de caballería. El autor con ello parece decirnos que D. Quijote estaba señaladamente loco y, por lo tanto, ve las cosas deformadas: los molinos son gigantes, los corderos ejércitos y las ventas castillos. Entonces a Dulcinea se la puede interpretar como una mujer nada femenina que da unas voces que se oyen a gran distancia y que nada tiene que ver con las damas poco menos que de piel transparente y de formas suaves y casi levitantes que pululan en la Novela.

Otra consideración a tener en cuenta es que Sancho alude a este deporte como si fuera una actividad habitual, es decir que no debería ser muy extraño que las mujeres, al menos las campesinas, participasen de forma activa en él.

Cervantes cita el lanzamiento de barra, además de en el *Quijote*, en *El Coloquio de los perros*, *La Gitanilla*, *Persiles*, y *La fuerza de la sangre*, lo que nos indica que necesariamente tenía que ser un deporte muy popular.

Consistía este ejercicio en el lanzamiento de una barra de los que usan los canteros y molineros para manejar las piedras de sus industrias. Por las descripciones y la iconografía que ha llegado hasta nuestros días el lanzamiento se realizaba con una técnica que en poco se diferenciaba al actual lanzamiento de disco. Era muy común, según Cobarrubias, hacer apuestas sobre el resultado de la competición.

Este lanzamiento ha perdurado hasta hace bien poco ya que estaba considerado como disciplina reglamentada por la Federación Española de Atletismo, al menos hasta principios de los años sesenta.

Existía también una “barrilla” o barra pequeña (quizás un cincel largo que era el instrumento utilizado para restaurar el corte a la piedra) que muy bien pudiera ser el artefacto que utilizaban las mujeres.

## **2.- EL DEPORTISTA COMPLETO II, XIX. 371**

*... y por quitarse de nadar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va a decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos: gran tirador de barra, luchador estremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla a los bolos como por encantamiento; canta como una calandria, y toca la guitarra, que la hace hablar, y, sobre todo, juega una espada como el más pintado.*

Esta consideración hacia el “atleta completo” es repetida varias veces por Cervantes a lo largo de toda su obra; incluso en el *Persiles* presenta al héroe (Periandro) dentro de una escenografía helénica: es el forastero que llega en una barca y salta a la arena de la playa para competir. Se mide a sus oponentes en muchas especialidades en las que vence para recibir el premio de manos de rey Policarpo.

Se podrían hacer numerosas observaciones a este capítulo (el XXII) pero creo que no es este el momento ni el lugar adecuado.

Homero, sin duda, está presente.

### 3.- **ESGRIMA** **II,XIX. 372**

- *Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis en la lengua – dijo el otro estudiante - , os llevarades el primero en licencias, como llevastes cola.*
- *Mirad, bachiller – respondió el licenciado -: vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.*
- *Para mí no es opinión, sino verdad asentada – replicó Corchuelo -; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos y usad vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas A mediodía con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, después de dios, que está por nacer el hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo a quien yo no le haga perder tierra.*
- *En eso de volver, o no, las espaldas no me meto – replicó el diestro -; aunque podría ser que en la parte donde la primera vez clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.*
- *Ahora se verá – respondió Corchuelo.*

*Y, apeándose con gran presteza del jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.*

- *No ha de ser así – dijo a este instante don Quijote - , que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión.*

*Y, apeándose de Rocinante y asiendo su lanza, se puso en mitad del camino, a tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como suele decirse, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, más espesas que hígado y más menudas que granizo. Arremetía como un león irritado, pero salíale al encuentro una tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenía, y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse.*

*Finalmente, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, dio después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.*

*Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose a él Sancho, le dijo:*

*- Mía fe, señor bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aquí en adelante no ha de desafiar a nadie a esgrimir, sino a luchar, o a tirar barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos a quien llaman diestros he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.*

*- Yo me contento – respondió Corchuelo – de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba.*

*Y, levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que antes, y no queriendo esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerle que tardaría mucho; y así determinaron seguir, por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde todos eran.*

*En lo que faltaba de camino, le fue contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia y Corchuelo reducido a su pertinacia.*

En muy pocos años la técnica de la esgrima había cambiado de forma rigurosa. Las espadas montantes se habían aligerado; el pavés se había sustituido por el broquel y todo, como correspondía a aquellos tiempos era muda.

Se establece entonces una controversia entre lo que hoy podríamos considerar como una técnica de fuerza contra otra de habilidad, que es la que termina imponiéndose. De ello saca partido Cervantes para exponerla de forma magistral a través de este episodio.

No acaba aquí el comentario del capítulo: sorprendentemente esta escena, que en buena medida ha pasado desapercibida, es copiada, años más tarde, de forma íntegra, por Quevedo, en el capítulo VIII del Buscón, con un Corchuelo que “cae de su burra” haciéndose amigo de su oponente el Bachiller.

Podríamos seguir argumentando citas y más citas, pero todas las cosas tienen su límite.

Solamente nos queda un obligado agradecimiento a la figura de Cervantes por las facilidades que nos ha dado para realizar estos comentarios y a Vds. por la paciencia regalada para prestar atención a este hablador.

Muchas gracias.